

LEOPOLDO DE LUIS:

*La obra completa de Vicente Aleixandre*

## La obra completa de Vicente Aleixandre

EL VOLUMEN DE OBRAS POÉTICAS COMPLETAS DE VICENTE Aleixandre<sup>1</sup>, viene a convertirse en un monumento esencial para la historia de la poesía española. En Aleixandre se cumplen, como en pocos, esas dos características del gran poeta: enriquecer el caudal del idioma y crear un mundo poético propio. Con su obra vamos desde la poesía pura al surrealismo, a la rehumanización poética y al sentido social que comenté en estas mismas páginas no hace mucho<sup>2</sup>. Los treinta y seis años que lleva escribiendo (*Ámbito* se inició en 1924, aunque se editó en 1928) han dado mucho de sí en la poesía castellana y el espléndido volumen aleixandrino nos muestra ahora, en conjunto, cuánto contribuyó a ello nuestro poeta.

Por lo pronto, Aleixandre ha llevado el idioma a un punto de máxima lucidez expresiva. El poeta auténtico confiere a cada palabra un valor poético virginal, porque, en su origen, la palabra es, heideggerianamente, poetización de experiencias primeras; es, como el P. Ceñal comenta en reciente ensayo, la *protopoesía*. Pero lo que resulta aún más renovador y

---

<sup>1</sup> Vicente Aleixandre: *Poesías Completas*. Colección Literaria. Editorial Aguilar. Madrid, 1960.

<sup>2</sup> L. de L.: *El sentido social en la poesía de Vicente Aleixandre*. PSA., n.º XXXII-III.

fecundo es el juego sintáctico y el salto alógico de la imagen. Visión onírica y emergencia del subconsciente, elementos primordiales del superrealismo, están ganados para la poesía española por Vicente Aleixandre —y por algunos otros compañeros de grupo— con independencia de la escuela de Breton, según Dámaso Alonso señalaba en su respuesta al discurso académico.

Otra cualidad de gran creador es el tratamiento singularísimo del verso libre. Sin duda el verso libre requiere un ritmo que, al contrario que la medida y la rima, actúe de lo interior a lo exterior, haciéndole mucho menos transferible y exigiendo una capacidad de creación al margen de artificios retóricos. Vicente Aleixandre ha logrado unas calidades rítmicas que hacen de su amplio verso un elemento poético excepcional, una adecuación perfecta entre lo que se expresa y cómo se expresa. Quizá sea precisamente esto más que ninguna otra cosa, aunque influya también lo sorprendente de las imágenes, lo que confiere a la obra aleixandrina un algo superior al puro decir, una trasfusión de estados anímicos que deja nuestro talante, después de la lectura, como impregnado de un clima emocional acorde musicalmente con el poema. No sabríamos decir en qué verso, en qué imagen, en qué palabra, reside el centro de intensidad emotiva: el poema en sí, el libro en conjunto, son como una ola que invade ampliamente. Podría decirse también que se trata de una poesía-semilla, pero no sólo porque accede a un fruto bello, sino porque deja simiente capaz de fructificar en la tierra de los demás.

Una de las peculiaridades que se ponen de relieve con la presente edición de poesías completas, es cómo todos los libros de Aleixandre se articulan en una facetada visión del mundo. El tema central desarrollado siempre es la unidad total de la naturaleza. En ella queda implicado el hombre, exaltado en su elementalidad de ser puro. La fuerza cósmica que aglutina los elementos y que los condiciona avasalladoramente es el amor. El amor los crea y los aniquila en un eterno giro. De un caos apasionado y como subterráneo va surgiendo un orbe luminoso, una visión nítida de la creación. Y, de pronto, el equilibrio logrado tan prodigiosamente, la perfección alcanzada desde los sumidos pozos de la materia caótica a la radiante hermosura de un cenit intemporal, se escora hacia el costado izquierdo por peso del propio corazón, y la difícil vida humana se destaca, con su grave destino, como protagonista directo de la obra aleixandrina.

Esta teoría supone en cierto modo un sentido religioso, pero el dios de estos poemas es la fuerza cósmica en la que el hombre, que pugna por liberarse, se sumerge definitivamente, allí encuentra vida. Es un dios-materia. De ahí su panteísmo.

También esta teoría comporta una moral: la de sentirse integrado en un todo común, la de reconocerse en los demás, en una libertad hacia lo unitario. El aliento cósmico y la comprensión del vivir humano, son las dos alas que extiende la poesía de Vicente Aleixandre para el vuelo de la solidaridad.

Los sucesivos libros de Aleixandre han ido com-



pletando así un organismo poético coherente en su variedad, y se complementan y justifican unos a otros. Cuanto tiene su poesía de liberación, de puesta a salvo, de ruptura con la falsedad y el estancamiento, desemboca en la comprensión y la ternura ante el destino del hombre. Cuanto tiene de comunión con la materia, de fusión con los elementos naturales, adviene a la comunicación con los demás. Lo telúrico e intemporal de algunas épocas de su obra, ha pasado a ser lo histórico y lo finito, sentido en toda su patética dimensión.

Carlos Bousoño, en un nuevo ensayo que prologa la edición comentada, y que está escrito haciendo una síntesis con su habitual maestría, ya señala la trascendencia de que una obra se desarrolle en una u otra época. Ello admite, pues, el condicionado implícito de las circunstancias históricas, económicas y sociales sobre el escritor y su arte y, como consecuencia recíproca, la acción modificadora que cabe atribuir a éstos en aquéllas. Vicente Aleixandre no es sólo un gran maestro de nuestra poesía, sino también es un poeta de su tiempo, y lo que esta condición comporta se nos manifiesta en una gama de posibilidades a lo largo de sus libros.

A los ocho publicados, se agrega uno integrado por poemas diversos: esos hijos pródigos que el poeta tiene siempre y que un día vuelven al padre que los recoge y los aloja. Sin duda pertenecen a distintas épocas, porque encontramos algunos en la línea paradisíaca, como otros de tono narrativo, próximos a *Historia*

del corazón, y varios que encajarían entre los retratos y las dedicatorias de *Nacimiento último*. Las revistas habían difundido ya determinados títulos de los agrupados en esta serie, y aun echamos de menos algunos. Por ejemplo, registremos el detalle curioso de que faltan dos poemas que sirvieron de pórtico a sendas revistas españolas de muy distintas épocas: *La tristeza*, aparecido en la cabecera de *Caballo Verde* (1935) y *Amaneciendo*, sobre la primera página de *Poesía Española* (1952).

En la nueva lectura —siempre recuerdo y hallazgo— pueden observarse algunas, pocas, variantes sobre las primeras ediciones.

Por ejemplo, una dedicatoria explícita: *A mi ciudad de Málaga*, en el poema *Ciudad del Paraíso*, en el primer poema de *Mundo a solas*, ha sido trastrocado el orden oracional del segundo verso: *Y es que no existe el hombre*. En *La destrucción o el amor* se hace figurar el título del poema *La luna es una ausencia* como cita de Carolina Coronado —modificación ya introducida en la edición americana—, que primeramente apareció con iniciales. Tanto en este libro como en *Pasión de la tierra* se prescinde de los prólogos, ausencia lamentable ya que revisten sumo interés y son muy significativos para juzgar la postura del poeta. En *Espadas como labios* se ha puntuado todo el libro, escrito en 1930 sin puntos ni comas: una moda realmente poco significativa y que fue superada ya por el autor en la segunda edición. También se ha titulado de nuevo un poema. En *Ámbito* el poeta ha revisado alguna

expresión, como en el poema *Íntegra*, cambiando el adjetivo *supinos* por *firmísimos*. Pero las novedades más importantes residen en la inclusión de un nuevo poema: *Acabó el amor*, en *Nacimiento último* y en haber vuelto el poema final de *Ámbito* a su primera versión, mucho más amplia, casi como un poema distinto.

He querido dar como remate de esta nota las anteriores curiosidades bibliográficas —algunas más se me habrán escapado— porque Aleixandre, aunque vivo y actualísimo, aunque por fortuna lo contemos en plena vigencia, es ya un clásico y en su obra —reunida ahora en grueso volumen de casi novecientas páginas— importa todo pormenor. Deseamos, por último, que el volumen se quede pronto pequeño.

LEOPOLDO DE LUIS

Rodón, 12.  
Madrid, 20.